

FRAY JUAN DE ZUMARRAGA PRIMER OBISPO - ARZOBISPO DE MEJICO

POR ANTONIO GONZALEZ Y M. DE OLAGUIBEL



PORQUE la simpatía, la inicial al menos, suele ser irrazonada aunque luego, por el conocimiento y la amistad, llegue a alcanzar las cumbres del amor verdadero, me interesa comenzar diciendo aquí que esta figura egregia del primer Obispo-Arzbispo de Méjico, del franciscano fray Juan de Zumárraga, cuyo cuarto centenario celebramos, me inspiró, desde el principio, especial simpatía. La he sentido siempre por todos los claros varones de nuestro Siglo de Oro, y a ella se unió, en este caso, una doble circunstancia personal: la de haber nacido fray Juan en la villa de Durango en Vizcaya, la tierra de mis mayores, y la de haber visto yo la primera luz en Du-

rango, de Méjico. Por lo que, dejando a un lado el relato puntual de aquella fecunda vida —no hago de historiador, sino de enamorado—, prefiero reflejar brevemente mis emociones ante la figura de aquel primer Obispo, que moría en la ciudad de Méjico el día 3 de junio de 1548, uniéndolas al recuerdo de los dos Durango: el de España, el de fray Juan, y aquel de Méjico, por cuyas tierras, quebradas como las de Vizcaya, entró y anduvo con sus soldados otro conquistador, también cristiano y vascongado, Francisco de Ibarra, que puso el nombre de Durango, en Nueva Vizcaya, al poblado que su lugarteniente Alonso Pacheco había llamado Guadiana, en 1563.

Del Durango de Méjico sé bien poco, pues de muy niño cambié su altura por la de estas tierras de mis padres. Pero del Durango de fray Juan sé más. Cuando él nacía, faltaban dieciséis años para la empresa magnífica de los Católicos Reyes y de Colón. Y era Durango una pequeña villa de Vizcaya. De ella podrían hablarnos con exactitud los montes que cercan el anchuroso

valle de la vieja Tavira, el más bello de Vizcaya. Fray Juan los vió, como hoy los vemos nosotros: el Oiz, el Amboto, el Udala... Desde su altura contempló muchas veces con amor a su pueblo; aquella villa, con sus palacios señoriales y de recias "torres", entre las cuales se erguía, enfática, la paterna, a un lado del caserío, todo él de madera, que un vasto incendio arrasó nuevamente en 1554, cuando él, en la Méjico lejana, había entregado ya su grande alma a Dios... Aquel Durango que quizá volvió a ver, de paso, en 1527, cuando de tierras de Castilla, las que le hicieron religioso franciscano y sabio, volvió al País Vasco como inquisidor de sectas, de brujas y aquellos...

—Este Durango, "tristitia rerum!" —exclamaría el fraile, si hoy viviera—, ya no es aquél...

Si Fray Juan volviera hoy a la vida, me gustaría servirle de "cicerone" en su propio pueblo. Yo, que admiro toda su vida de apóstol, de civilizador, de prelado, de gobernante; vasco fornido, forjado en Castilla, Valladolid, Avila, El Abrojo...; hombre providencialmente puesto por el Emperador y Rey Carlos de Gante al servicio de la gran empresa católica y universal de España en el Nuevo Mundo, acompañándole por las calles, las plazas, las cercanías del Durango de hoy, le diría con la mayor reverencia:

—No os apenéis en demasía, Padre mío y señor. Verdaderamente, de vuestros años aquellos poco queda. No; no queda huella de vuestro solar, ni de vuestras casas de Goyencalle; de ellas salisteis —y cómo sonriendo lo recordáis!— una atardecida, hacia la torre de Láziz... Sí; en ella descansaba la reina Isabel por unos días. Teníais aún pocos años. ¿Qué os impulsó a la cándida ocurrencia?... Real o fingida, un cronista de nuestros días la refiere así: en el amplio balcón de piedra la Reina, con la señora de la casa, gozaba del terral que bajaba de Urquiola y, al pie del muro, vos fuisteis a cantar en la dulce lengua vernácula, como un joven príncipe enamorado a la dama de sus pensamientos. Ya había anochecido. Doña Isabel, prendada de vuestra voz juvenil, que tan bien cantaba en lengua para ella desconocida, os llamó y mandó subir al aposento. Ibais gozoso y temblando. Y ella os preguntó qué decíais y quién erais. Contestasteis con aplomo. Os acarició el pelo sedoso, rubio entonces y abundante; y mientras os daba a besar la mano, con la otra os entregaba un real de plata reluciente. ¿Qué hicisteis de él?...

Poco hallaría hoy fray Juan de lo que dejó en Durango en 1533, cuando, regresado de Méjico y antes de ser consagrado Obispo, se despidió para siempre de su villa natal... Aún alargó su paseo hasta el antiquísimo templo de Tavira. Todavía oró devotamente ante la imagen de Nuestra Señora de Uribarri, la Patrona de la villa. Y miró, todo empapado en los recuerdos de muchacho, la cruz de piedra gris y maravillosas alegorías que hoy da nombre a su barrio. Buscó, sin hallarlo, el mal llamado "ídolo de Miqueldi", y todo lleno de nostalgia, volvió los ojos a la ruta de Mañaria, la de las cerezas garrafales, acurrucada al pie de los vericuetos por donde tantas veces, por junio, trepó alegremente hasta la ermita de Urquiola, donde el taumaturgo paduano predicó una vez... "Tristitia rerum"... No; aquel Durango ya no es éste. Le queda el poso inalterablemente pacífico de entonces; pero fray Juan extrañaría hoy el ambiente manufacturero que ciñe con ruidos y edificaciones y actividades utilitarias a la villa, "Noble y Leal"...

Obra larga, y no de este lugar, sería seguir al eminente franciscano por los caminos que le condujeron de Durango a Castilla y de Castilla a Méjico. Caminos de estudiante, de novicio en la villa del Pisuegra; de su ordenación sacerdotal, en Valladolid, el año 1500, cuando todavía ni ha pensado siquiera en que un mundo nuevo incorporado a España hacía ocho años, iba a ser para él, veintisiete más tarde, campo de su apostolado, intenso, fatigoso y fecundo.

La Orden Franciscana, que ha descubierto en él un talento preclaro, un religioso observante y una voluntad de hierro, le confía cargos alto: Definidor, provincial y guardián de sus monasterios... Precisamente lo es del convento de El Abrojo, cuando recibe el aviso de que el César Carlos V viene a hacer un retiro espiritual a la casa de los hijos del Poverello. Y la noticia llega acompañada de un convoy de víveres para la Comunidad. Todo se preparó y ordenó para recibir dignamente al recio y poderoso

monarca, que así tardó dos días en llegar. Fray Juan se hizo personalmente cargo del presente regio, y cuando el César llegó, ya el guardián lo había generosamente distribuido, hasta el último bocado, entre los pobres de la comarca.

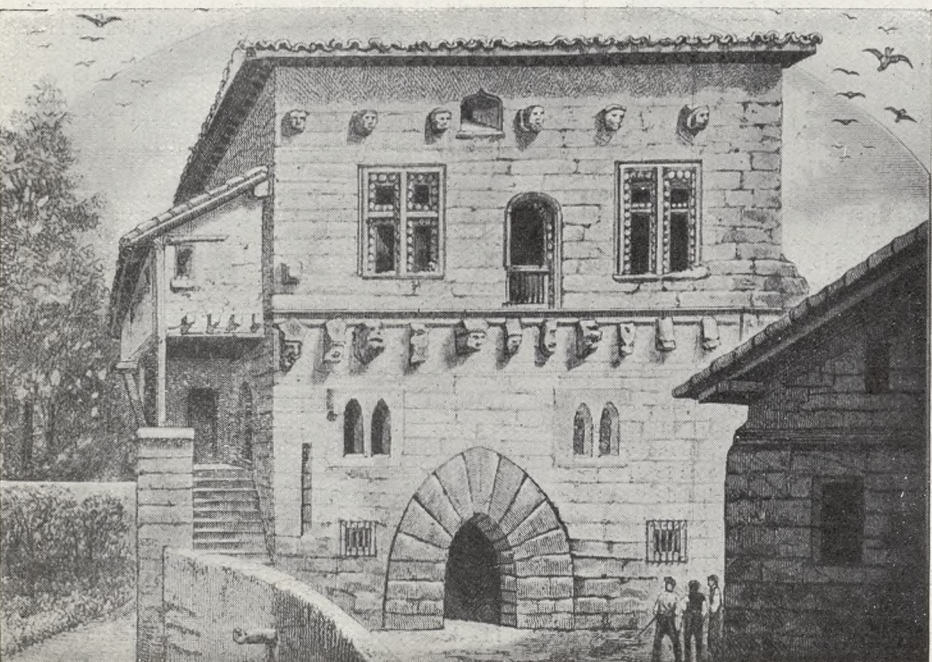
Sorprendido y edificado el Emperador reclamó, no bien lo supo, la presencia de fray Juan; quizá por medio de aquel D. Luis Quijada, su secretario íntimo, el Quijada que tan bien y con tal heroica lealtad a su Rey supo guardar, hasta que Dios quisiera, el secreto del que había de ser, andando el tiempo, el vencedor de Lepanto.

—¿Y cómo, vos —preguntaría, entre adusto y sonriente—, nos habéis dejado a conventual ración?... Yo os hice mandar lo que entendí ser justo, puesto que conozco y admiro vuestra frugalidad, para atenuarla siquiera unos días...

—Pensé, señor —respondería el fraile—, que pues los pobres no suelen serlo por vocación como nosotros 'o somos, bien sería quedarnos nosotros honrados con sola vuestra presencia y compañía y hacer participantes de ella, por el camino alegre de un abundante y excelente yantar, a cuantos más mal comen que bien. Cuanto más...

—Cuanto más, y perdone vuestra Paternidad que le interrumpa —concluiría el Emperador—, que vos, pues yo os lo di y vuestro era, hacéis de ello lo que mejor cuadre al servicio de prójimo, según el espíritu de vuestro santo modelo y fundador. Bien me parece, Padre, lo que ordenasteis... Y ahora, oídme: necesito hablaros en vuestro aposento de algunos negocios que mucho me importa resolver. Me daréis consejo. Ninguno, a mi parecer, mejor que el de quien como vuestra Paternidad, tiene tanto corazón dispuesto a servir a Dios, sin importarle mundanas ni cortesanas preocupaciones.

Y de esta que hoy podríamos llamar "política de abastos" resultó primero el Inquisidor, aunque por breve tiempo, y poco después, la ida de fray Juan de Zumárraga a la Nueva España, tras los diálogos entre el más poderoso monarca de la historia y el humilde fraile franciscano vizcaí-



no. ¿Por qué no habrán podido averiguarse las sabrosas pláticas que en la celda prelaical del convento de El Abrojo, y después en la Corte de Valladolid, tuvieron el fraile y el monarca?

No debió ser el fraile avaro de preguntas, ni el Rey parco de informaciones... Por aquellos días iban a Méjico, y de Méjico volvían gentes de toda condición y ejercicio, soldados de carrera y de fortuna — "routiers et capitaines, ivres d'un seve héroïque et brutal", que dijo el poeta de "Los trofeos"—, aún exaltados por la fiebre de la conquista de Granada, encandilados por la promesa nunca cumplida, pero incansablemente buscada, de las riquezas infinitas de la incierta Cipango y del misterioso Eldorado, del que algún recién llegado exhibía muestras en la escarcela arrogante. Gentes de toga, oidores de encomienda y de negocios. Y también, influados por la conquista de las almas para el Reino de Dios, religiosos fundadores, adelantados y misioneros de Cristo... El César sabía de la ambición de los unos, de la vocación de los otros, de la bravura de todos. Y el testamento de la gran reina Isabel era en sus oídos más una orden imperativa e imperial que un legado de grandezas y dominios... Ante el Nuevo Mundo, el César se sentía a un tiempo contento y afligido. América era para él no sólo una corona que añadir a las dos que ya pesaban sobre su cabeza aguileña, sino también un dédalo de dificultades que resolver y de pleitos que zanjar y fallar:

—Necesito, Padre mío, hombres

que con sus luces alumbren la oscuridad de mi vida de soldado y templen con proceder fraterno la rudeza codiciosa de los hombres de guerra. La Nueva España es una tentación y quiero trocarla en Cruzada. A todos, empezando por mí mismo, acucia la necesidad de medios con que atender, en lo material, a mis Estados y desbaratar a los enemigos de nuestra fe y de mis dominios.

Calló un momento, y aprovechando el profundo silencio de fray Juan, añadió:

—Espero que me habréis entendido. Necesito de vos. Lo he meditado bien. Lo haré, y vos conmigo. He resuelto conferiros el Obispado de Nueva España. Lo que en Roma haga falta para ello, de Roma vendrá. Y nada más os digo: lo que aceptéis será en servicio de Dios y de mi reino.

Fray Juan se resistió. Fué necesario imponerle la obediencia para la aceptación de aquel cargo que él consideró como pesada cruz y duro martillo. Y no vió, al aceptarlo así, la elevada jerarquía de la mitra que se le ofrecía, sino el servicio de Dios y de España en las tierras recién conquistadas por Hernán Cortés. Al final de 1528 llegaba al puerto de Veracruz, y ascendía a la altura de la ciudad azteca, el primer prelado de la capital de Nueva España.

Tenía el César sobrada razón. Y lo que fray Juan, por sí mismo, sabía al salir hacia su alto destino, confirmáballo de todo en todo aquel maremágnum de urgente quehacer. No le sorprendió que, pues todo aquello era inicialmente obra de guerra, el desorden que sigue a los combates reinara allí en la incipiente pero ya adelantada vida civil. Abundaba lo heroico y escaseaba, tal vez, lo apostólico. Cuando lo primero fuera cediendo, lo segundo, lo pacífico, resultaría indispensable. Cristianas, sin duda, seguían siendo la victoria y la conquista; pero corría prisa establecer la paz cristiana para todos, y para los indios primeramente. Y esta paz, obra de la justicia, había de descender, venir, prácticamente, desde arriba. Algún fondo de razón había en las diatribas arbitrarias de fray Bartolomé de las Casas, y desde su cátedra de Salamanca no enseñaba, no había de enseñar en vano el "derecho de gentes" fray Francisco de Vitoria.

Al vitoreador recibimiento que Méjico dedicó a su primer prelado, sucedieron la inercia, cuando no la recia oposición y el solapado "sabotaje" de la gente de mando y de toga. Fray Juan no se arredró y comenzó su tarea. Cuando a sus órdenes se opuso el abogadesco argumento de que sus reales cédulas se referían a la plenitud episcopal y él era sólo obispo preconizado y no consagrado, luchó con próspera y adversa fortuna en medio de los enredos chancillerescos, sin que por ello cediera un punto en su marcha adelante.

Era ella un doble apostolado: el de llevar la fe a los indígenas con hábil dulzura y el de reducir con la palabra, el ejemplo y la acción de sus subordinados eclesiásticos las demasías de los españoles. Y era, con esto y a un tiempo, atraer por la fe a la cultura y a la civilización a aquellas gentes. Si la guerra se hacía con la cruz en alto como primera bandera y la espada como herramienta de victoria, en los senderos de la conquista la cruz seguía siendo el guión, pero la espada había de envainarse.

Pasan cuatro años; fray Juan es el padre de los pobres, el maestro de los que ignoran, el médico de las almas y el tutor de cuerpos. Sus cartas y comunicaciones a la Corte lejana dicen la verdad y reclaman ayuda. La cosecha puede ser mucha y la siembra es generosa; pero la cizaña, por su parte, no descansa. Al fin, fray Juan es llamado a España, y en 1533 es consagrado Obispo en Valladolid. Ya no tendrán el "gran argumento" los leguleyos ambiciosos. Permanece en la patria un año más. Carlos V le recibe varias veces y le provee de nuevos poderes. Visita brevemente su pueblo natal, las numerosas Casas franciscanas; alista religiosos de la Orden, doctos en ciencia, seguros en celo, duchos en la enseñanza; contrata operarios y agricultores; gestiona en Sevilla el embarque de artesanos, peritos en el arte de imprimir. Reembarca él hacia Méjico y ocupa de nuevo su Sede a fines de 1534.

Instala en Méjico la primera imprenta que tiró en América. De ella salen libros religiosos escritos de su pluma; catecismos en lenguas española e indígenas; cartillas de artes manuales. Funda escuelas de primero y segundo grado, echa los cimientos de la primera Universidad, levanta y dota hospitales, asilos de huérfanos. Extiende personalmente la acción misionera y la dilata. Abre al culto templos y establece conventos y comienza a instalar centros de estudios eclesiásticos. La vida civil, caminos y cultivos, reciben su impulso. Predica y confirma. Su vida es santa, apostólica y culta. Fray Juan es un hombre de gobierno.

Son catorce años de actividad los de esta segunda etapa. Méjico le quiere entrañablemente. A España llegan los ecos de sus virtudes, de sus obras y de su talento. Paulo III le eleva a la jerarquía arzobispal cuando, lentamente, su fecunda vida va llegando al ocaso. Y al año siguiente, el 3 de junio de 1548, muere en el Señor, y Méjico y España le lloran.

No es tiempo para nosotros de llorarle, sino de conmemorar su glorioso centenario. Cuando los claros varones se van, el vacío que dejan lo llena su obra, la propia y personal y la que dejaron preparada en la vía por ellos replanteada. De entonces acá, esa vía es una vía triunfal. Nueva España está ahí... Con ella, los otros veintidós países de nuestro Nuevo Mundo.

